

Homilía Peregrinación a Luján

3 de octubre
Basílica de Luján

✠ Card. Mario A. Poli
Arzobispo de Buenos Aires

Evangelio: Jn 19, 25-27

Muy queridos peregrinos y devotos de la Virgen de Luján:

Los saludamos con nuestro afecto cordial desde el Santuario Nacional de la Fe, donde mis hermanos obispos y sacerdotes hemos querido concelebrar esta Misa por las intenciones de todos ustedes, en especial para pedir a nuestra Madre gaucha su maternal protección para que libre a la familia humana de todo el mundo de esta prueba que tanto dolor nos causa.

El breve pasaje del Evangelio de San Juan que hemos proclamado dirige nuestra mente a la Pasión y nos invita a revivir un momento decisivo de la historia de la salvación, «para venerar junto con el Hijo “exaltado en la Cruz, a la Madre que comparte su dolor”» (MC 7). Es el momento en que se cumple el anuncio de Jesús: «Cuando yo sea levantado en alto sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí» (Jn 12,32), y la primera discípula que se dejó atraer fue la Virgen. El mismo Espíritu Santo que la cubrió con su sombra en la Anunciación, la sostuvo durante su «compasión» a los pies de la cruz, donde su corazón traspasado se dilató de tal manera que su maternidad alcanzó una dimensión universal. La atrajo el Amor Crucificado de su Hijo, el mismo que amamantó y había mecido en su regazo en los tiempos de la serena vida de Nazaret.



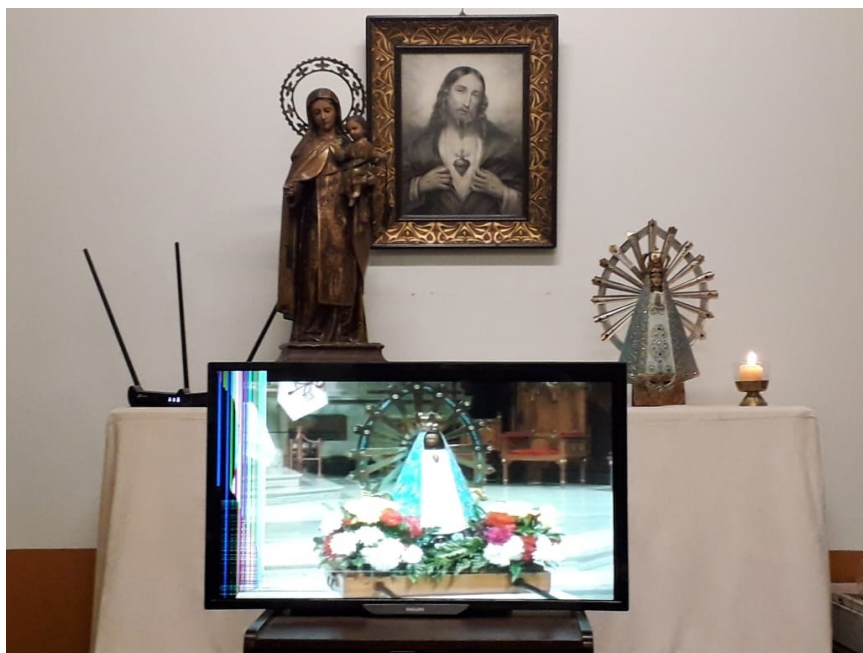
Pero luego, la Madre dolorosa esperaba en silencio la hora en que Jesús iba a pasar de este mundo al Padre. Durante los últimos momentos de la Pasión, cuando Cristo sufría en su carne el peso de todos los pecados del mundo y, a su vez, era consolado por la misericordia divina, pudo ver a sus pies la confortante presencia de su Madre y del joven discípulo a quien Jesús amaba. En ese trascendental instante, antes de consumarse la obra que el Padre Dios le había encargado, Jesús se dirige en primer lugar a su Madre y le señala al discípulo, para que lo reciba como un hijo. Luego se dirige al discípulo: «Aquí tienes a tu madre», para que la reconozca como

propia, y sin dudar, de tal manera la hizo suya, que desde aquella hora, aquel hijo la recibió en su casa. Con ese testigo anónimo el evangelista sugiere que cada uno de los peregrinos puede apropiarse ese lugar en la pasión y poner cada uno su nombre de varón o

mujer. Como sucede después de cada peregrinación, también nos llevamos a la Virgen en nuestra mente, en nuestro corazón, y la recibimos alegres en nuestras casas y le pedimos que comparta nuestra cosas, nuestra vida. Su presencia doméstica es la que más le cabe a la Madre, y su sola imagen siempre nos remite a su Hijo, porque todo en Ella refleja el Evangelio de su Jesús y lo hace más fácil y entrador.

En clave evangelizadora el Papa Francisco nos enseña que «al pie de la cruz, en la hora suprema de la nueva creación, Cristo nos lleva a María. Él nos lleva a Ella, porque no quiere que caminemos sin una madre, y el pueblo lee en esa imagen materna todos los misterios del Evangelio. Al Señor no le agrada que falte a su Iglesia el icono femenino. Ella, que lo engendró con tanta fe, también acompaña “al resto de sus hijos, los que guardan los mandamientos de Dios y mantienen el testimonio de Jesús” (Ap 12,17)» (EG 285).

Cuando esta página del Evangelio resuena en su Santuario, adquiere un realismo que nos consuela y da alegría, porque nos vuelve a recordar aquel feliz diálogo del calvario, en el que nos adoptó como hijos una Madre amorosa que nos recibe con una montaña de ternura; es aquí donde los peregrinos nos soltamos a llorar de alegría porque nos encontramos con la que nos anima en el camino; es aquí donde el cansancio recibe el bálsamo de su mirada maternal: por eso nos gusta tanto mirarla largo rato y dejarnos mirar por Ella.



Peregrinos de la Virgen siguiendo la misa desde casa

¿Qué misterioso encanto posee esta pequeña y humilde imagen de la Inmaculada del Río Luján? Ella sigue atrayendo a su casa a miles de padres cristianos que piden el bautismo para sus hijos, y así confirman la fe en la acción maternal de María que engendra nuevos hijos para Dios. ¿Cómo sabe atraer a tantos hijos e hijas a su magnífico y bello santuario? Es que la casa de la Madre es la de todos, donde volvemos a sentirnos parte de una sola familia, donde renovamos la fraternidad, la solidaridad y la alegría de sentirnos hijos de un mismo Padre Dios, con una mamá tan linda. Es aquí donde muchos jóvenes, chicos y chicas, confían a María sus proyectos de vida, hacen sus promesas, piden perdón y alcanzan las gracias materiales y espirituales para seguir caminando en sus vi-

das. Ella sabe tocar el corazón sin herirlo y logra en muchas almas verdaderas conversiones que iluminan la vida entera.

El primero en percibir su maternal atracción fue el Negro Manuel Costa de los Ríos. Él le construyó una ermita y fue su fiel devoto en plena pampa india por más de 40 años. Como reseña una antigua crónica: «Su inocente simplicidad era tal, que algunas veces trataba a la Santísima Virgen con extremada familiaridad, [fue él quien observó] que algunas noches faltaba de la hornacina, y por la mañana ya la encontraba en ella, pero con el manto y saya lleno de abrojos, y cardillos, y por las fimbrias polvo, y algún barro, y en estas ocasiones le decía “Señora mía, que necesidad tenéis vos de salir de casa para remediar cualquiera necesidad siendo como sois tan poderosa? ¿Y cómo sois tan amiga de los pecadores, que salís en busca de ellos, cuando veis que os tratan tan mal?”¹»



No conocemos palabras de la Virgen, porque Ella no habla, pero su atracción es irresistible y sabe entrar en intimidad con cada peregrino y peregrina que visitan su casa. Ella también sabe devolver la visita cuando sus devotos desgranar las cuentas del Rosario o prenden una vela ante su imagen para pedir cualquier necesidad. En la peregrinación de la vida siempre podremos contar con su cercanía en cualquier circunstancia. Por eso con el lema elegido para este año: «Madre, abrázanos. Queremos seguir caminando», ofrecemos en esta Misa una sentida acción de gracias a Dios por el don de la vida y por todos los que se han puesto al hombro el cuidado de sus semejantes. En presencia de María queremos pedir por los abuelos que más sufren el aislamiento, por los enfermos y por las familias pobres, por los que han perdido el trabajo, por los profesionales y agentes de la salud que están exhaustos y sienten más que nadie el agotamiento de sus fuerzas, por los miembros de las fuerzas de seguridad y de todos los que volvieron al trabajo a pesar de los riesgos. Incluye también nuestra oración a todos los migrantes que están lejos de sus afectos y de su patria y, especialmente, a los que han perdido a sus seres queridos.

¹ HISTORIA VERÍDICA DEL ORIGEN FUNDACIÓN Y PROGRESO DEL SANTUARIO DE LA PURÍSIMA CONCEPCIÓN DE NUESTRA SEÑORA DE LA VILLA DE LUJÁN DISPUESTA POR EL R.P. FR. ANTONIO OLIVER, MISIONERO APOSTÓLICO DEL ORDEN DE SAN FRANCISCO DADA A LUZ POR EL Pbro. FELIPE MAQUEDA, TIERNO DEVOTO DE MARÍA SS^{ma}. EN SU SAGRADA IMAGEN DE LUJÁN

Nuestro mensaje de gratitud alcanza a los jóvenes, a los peregrinos y a todos los que dejando la comodidad y venciendo egoísmos comparten su tiempo asumiendo muchos servicios humanitarios, mostrando el mejor rostro de la solidaridad desinteresada y generosa. Que la Servidora del Señor los acompañe para que su heroísmo tenga la recompensa que solo Dios sabe dar a sus amigos. A todos los que piensan qué puedo hacer por los demás en esta pandemia, los invitamos a rezar esta oración que hizo el Papa Francisco a la Virgen:

ORACIÓN DEL PAPA FRANCISCO POR EL CORONAVIRUS

Oh Madre de Luján, tú resplandeces siempre
en nuestro camino como signo
de salvación y de esperanza.
Confiamos en ti, Salud de los enfermos,
que junto a la Cruz te asociaste al dolor de Jesús,
manteniendo firme tu fe.
Tú, salvación de todos los pueblos,
sabes lo que necesitamos
y estamos seguros de que proveerás
para que, como en Caná de Galilea,
pueda volver la alegría y la fiesta
después de este momento de prueba.
Ayúdanos, Madre del Divino Amor,
a conformarnos a la voluntad del Padre
y hacer lo que nos diga Jesús,
que ha tomado sobre sí nuestros sufrimientos
y se ha cargado con nuestros dolores
para llevarnos, a través de la cruz,
a la alegría de la resurrección. Amén.
**Bajo tu amparo nos acogemos,
santa Madre de Dios;
no desprecies las oraciones
que te dirigimos en nuestras necesidades,
antes bien, líbranos de todo peligro,
¡oh Virgen gloriosa y bendita! ¡Amén!**

Francisco